
Pobreza y territorio en el Norte Grande Argentino¹

Alfredo Bolsi²

Introducción

Las nueve provincias del Norte Grande Argentino (NGA)³ cubren unos 760.000 kilómetros cuadrados, esto es, el 27,5% de la superficie total del país. Este amplio ámbito subtropical está integrado por dos grandes sectores: el occidental, donde la montaña es el hecho dominante, y el oriental —más extenso— ocupado en su mayor parte por la llanura.⁴

Los efectos de la distancia a los océanos Pacífico y Atlántico, de las variaciones altitudinales, de la circulación general de la atmósfera, de la orientación de los encadenamientos montañosos, de los procesos tectónicos y geomorfológicos, etcétera, se hacen sentir en el complejo mosaico de paisajes naturales que caracterizan el área.

Pero a pesar de su extensión —y de sus cambiantes riquezas naturales— sólo viven en el NGA un poco más de siete millones y medio de habitantes, o sea en torno al 20% del total de la población argentina. Esa participación en el total nacional es más reducida que la de los tiempos en que la «patria criolla» se transformaba rápidamente por los efectos de la incorporación más plena al capitalismo y al modernismo; representaba, en efecto, el 33,4% en 1869.

1 Trabajo presentado en el I Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, ALAP, realizado en Caxambú —Minas Gerais— Brasil, del 18 al 20 de septiembre de 2004.

2 Instituto de Estudios Geográficos. Universidad Nacional de Tucumán/CONICET, Argentina, alfredo.bolsi@gmail.com

3 Son Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca, Formosa, Chaco, Corrientes y Misiones.

4 En este trabajo se entiende que el papel de la naturaleza en la territorialización se expresa a través de tres dimensiones: la restrictiva, definida por la existencia de sectores con grandes obstáculos para el desarrollo de la vida humana; la relativa, asociada con su significado cambiante según los cambios en las prácticas materiales y la regresiva, vinculada con los efectos de la explotación indiscriminada.

Esta pérdida de importancia relativa en términos poblacionales está asociada también con el pasaje de un norte de fuerte presencia económica y cultural en aquella patria de mediados del siglo XIX a otro donde el protagonismo ya se había diluido. Esa circunstancia persiste hasta la actualidad y se manifiesta, entre otros aspectos, por contener a la población más carenciada del país (véase Figura 1).

El hecho no es trivial pues está asociado con procesos significativos. La condición de antiguo territorio colonial, previamente indígena, donde se «instalaron» los acontecimientos de «modernización», lo transformaron en un espacio cultural, social y aun económico que se diferencia de las otras regiones del país, principalmente de la Pampa húmeda.

En tal caso, el territorio del Norte Grande albergaría un grupo de sociedades que, a pesar de los intercambios e influencias mutuas, podrían ser identificadas por la persistencia de sus conceptos nucleares, esto es, por lo que una autora clásica como Benedict (1939) llamara «un conjunto central de ideas acerca de cómo son y cómo deben ser las cosas». Ese grupo es amplio y variado. Si bien no es propósito de este trabajo definir el conjunto y las características de esas diferentes sociedades, es necesario partir de una propuesta que contemple la coexistencia de dos grandes conjuntos: la sociedad moderna (capitalista) y la tradicional, con articulaciones y relaciones de subordinación que varían de área en área.

Esta circunstancia se constituye en un instrumento muy útil de interpretación de algunos problemas del norte. Que cada una de esas sociedades opere sobre la base de su propio núcleo central de ideas no sólo significa un conjunto diferenciado de creencias religiosas o principios filosóficos; significa además que existe una valoración diferenciada de la naturaleza, por lo tanto de sus formas de uso y del complejo tecnológico, donde el problema de los rendimientos decrecientes puede llegar a jugar un papel decisivo. Muchas veces se observa también una actitud diferente en términos de reparto de los recursos; como consecuencia de ello, habría efectos diferenciados en los procesos de territorialización, que tienen evidente consecuencia en el número, en la distribución y en la calidad de vida de la población.

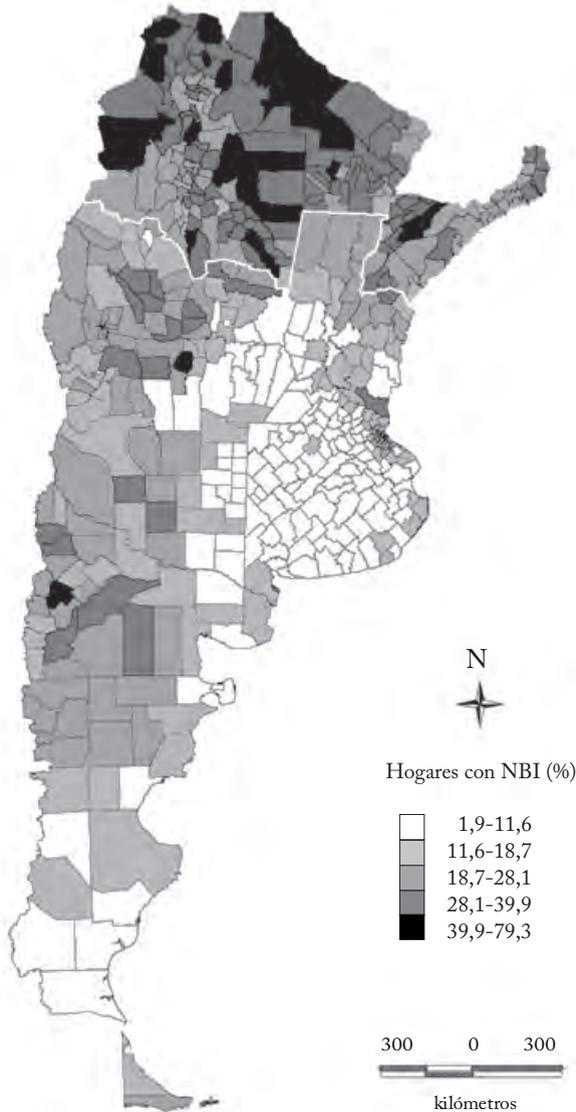
Cada una de dichas valoraciones involucra hoy, y en los distintos períodos del pasado, su propia connotación cultural según Sauer (1941), o en términos de Harvey (1998), se asocian con sus propias prácticas materiales. El resultado, la territorialización, sería un proceso en constante cambio. La colonización española significó, en

ese sentido, alteraciones de prácticas materiales (o culturales) muy profundas; el territorio que resultara de ese proceso —llamado «criollo»— reconocía esas modificaciones, pero también las persistencias de viejos esquemas indígenas. La irrupción y luego la consolidación del capitalismo en el norte generó también cambios de gran magnitud que se reflejan en una nueva y vigorosa territorialización. Pero como en el caso anterior, los paisajes antecedentes no fueron eliminados en su totalidad. En el avance sobre ellos, hubo diferentes formas de articulación o sobreimposición; pero no supresión total.

Además, se ha señalado que el desarrollo de la economía de mercado (una creación humana que expresa una cultura particular que es histórica y espacialmente específica) está asociado con sociedades fuertemente identificadas con el liberalismo occidental donde, por ejemplo, el individuo es fuerte, la sociedad débil y el Estado mínimo (Smith, 1997, *passim*). En tal sentido podríamos encontrar algunas dificultades en identificar plenamente a las sociedades del NGA (especialmente a las de cuño tradicional) que fueron los agentes activos de la materialización de la economía de mercado en la región, con las de aquel liberalismo.

Las diferencias culturales existentes en el norte deberían ser consideradas, por lo tanto, como un factor esencial en la interpretación de sus problemas principales. No sólo afectarían a los procesos de territorialización: incidirían en los rasgos demográficos, en la estructura de consumo y producción, en la marcha de los procesos económicos y en lo que podríamos denominar los rasgos de «materialización» del capitalismo en la región.

Figura 1. Argentina y Norte Grande. Distribución de hogares con NBI, 2001



Fuente: Censo Nacional de Población y Vivienda 2001

Elaboración: Laboratorio de Cartografía Digital. Instituto de Estudios Geográficos - UNT

El Norte Grande Argentino actual en el contexto nacional

Las interrelaciones entre esa cambiante naturaleza y el complejo de diferentes sociedades que sucesiva y variadamente se han articulado con aquella, en el contexto de procesos nacionales e internacionales, definieron un paisaje económico también complejo, donde conviven persistencias e innovaciones. Hoy, las agroindustrias, la explotación forestal, la ganadería, la minería, la agricultura de riego y los cultivos anuales contribuyen en forma dominante en las actividades productivas. En la mayoría de las provincias del NGA el producto agropecuario aportó, entre 1995 y fin de siglo, con más del 50% del producto agregado «actividades productivas» (Gatto y Cetrángolo, 2003: 24-25). En ese contexto, la superficie implantada se acercaba a las cinco millones de ha debido principalmente a la fuerte expansión de los cultivos de cereales y oleaginosas. Ello significa que contribuye con el 8,75% en el total de la superficie implantada del país.

Casi la mitad de esa superficie corresponde a las oleaginosas y un cuarto a los cultivos agroindustriales, esto es, el sector de mayor repercusión económica y social del NGA. En torno de estos cultivos se han estructurado los paisajes más dinámicos de la región. Resultantes de distintos factores y «recorridos históricos», concentran las más altas densidades de población, las jerarquías y redes urbanas más importantes o las más extensas redes de transporte.

La ganadería tuvo una alta incidencia en la territorialización del NGA y en distintas formas de producción de riqueza. Pero sus rodeos sólo equivalen al 18% de las existencias nacionales; más pobre aún es la incidencia del valor de la producción de la industria manufacturera (5%) (INDEC, Anuario 1998). Lo que sobresale es el sector terciario aunque dista de ser la culminación de un sector productivo fuerte y en expansión.

El sector primario juntamente con las industrias derivadas son, luego de las actividades comerciales, las de mayor incidencia en el conjunto de las estructuras productivas, con excepción de la provincia de Formosa donde el sector de administración pública es más importante aún. Por lo que se ha visto, en estas actividades (primario/industrias) el papel más importante es desempeñado por las actividades agropecuarias. Por lo tanto, si es que la indagación central de este trabajo apunta a detectar los problemas asociados con la pobreza en el NGA, el mundo agropecuario y agroindustrial debe ser motivo de especial atención.

Esta estructura productiva tiene muy baja participación nacional en el producto bruto geográfico (PBG). El conjunto de los sectores primarios y secundarios agregados del NGA, representaba en 1999-2000 sólo el 9,6% del total del país. A su vez, las actividades de comercio, hoteles, instituciones financieras, etcétera, involucraba en esa fecha apenas el 7,8% del total nacional.

Es así que esta estructura no parece ser muy atractiva para la inversión privada. Sólo Catamarca fue favorecida en años recientes por inversiones importantes que se orientaron hacia la explotación minera. Fuera de ello, el panorama es mediocre. En ese contexto, Jujuy, Salta y Tucumán fueron provincias de alguna manera favorecidas por inversiones de grandes empresas pero de forma selectiva; algo semejante sucedió en Misiones.⁵ El resto se encuentra prácticamente excluido del circuito nacional de este tipo de grandes inversores.

En tal sentido, la distribución geográfica de la inversión repite el modelo de los otros indicadores económicos: alta concentración en la Pampa húmeda en oposición a los valores reducidos del NGA. La inversión privada en el norte, equivale al 5,9% de la Pampa húmeda. En tal caso, como observan Gatto y Cetrángolo (2003: 47) esta pobreza afecta a la tasa del crecimiento del producto e influye en el empleo, en la productividad misma de las economías provinciales y en las exportaciones.

Éste es, en efecto, otro de los aspectos que definen las condiciones críticas del norte: participa con menos del 8% en el total de las exportaciones de la Argentina.

Su composición indica la fuerte presencia de los productos primarios que, sin embargo, tienen una baja incidencia en el total nacional.

Las manufacturas, por su parte, ya sean de origen agropecuario o industrial, también tienen una baja participación en el total de las exportaciones. Además, a pesar de que una parte sustancial de la estructura productiva del norte se apoya en los complejos agroindustriales, su presencia en el sistema exportador nacional es mediocre, pues suma sólo el 4% del total de las exportaciones industriales de origen agropecuario del país.

5 Gatto y Cetrángolo se refieren a la encuesta realizada a un panel de grandes empresas, que no cubre el sector agropecuario ni las entidades financieras. Los resultados de esa encuesta fueron publicados por la CEPAL en el año 2001.

En general, como dicen Gatto y Cetrángolo, el norte no tiene una producción claramente diferenciada para incorporarse con ventajas en el contexto internacional y generar con ello una participación más importante en el total nacional; los caracteres de su estructura productiva —salvo contados casos— le impide aprovechar las ventajas de una mejor inserción (2003: 32).

En ese contexto crítico, se explica —entre otros aspectos—, que el norte tenga los valores más bajos de las tasas de actividad del país, especialmente las provincias de Santiago del Estero, Formosa, Chaco y Corrientes. Son, efectivamente, las de mayor regresión productiva: entre las cuatro (con el 10% de la población nacional) generan el 4% del PBG del país y el 2% de las exportaciones. Por su parte, Salta y Tucumán —si bien con altas potencialidades— cuentan con dificultades que generan las crisis recurrentes de sus respectivas estructuras productivas agroindustriales. Misiones y Jujuy tienen también limitaciones productivas serias, con retraso tecnológico y limitaciones en las capacidades de gestión gubernamental (Gatto y Cetrángolo, 2003: 54).

Los «grandes números», finalmente, definen muy bien la ubicación relativa del norte en el contexto nacional. Parecen señalar, además, que recurrentemente la provincia de Formosa ocupa las peores situaciones, muy a menudo acompañada por Santiago del Estero, Chaco y Corrientes. En el otro extremo, Salta y Tucumán aparecen, en la mayoría de las circunstancias analizadas, como las que reúnen mejores condiciones relativas. Entre ambos extremos se ubicarían las restantes: Jujuy, Catamarca y Misiones.

Nuestra propuesta entiende que esta circunstancia —una estructura productiva débil, pero principalmente una alta proporción de población pobre— sólo se agravó en la década de los noventa. La pobreza ha sido dominante en su historia. ¿Cómo fue, entonces, la territorialización que engendró este contexto? En tanto que los caracteres territoriales expresan la interacción entre sociedad y naturaleza a lo largo del tiempo, se hizo necesario rastrear en el pasado para localizar un «punto de partida», a sabiendas de que esa localización tiene siempre un condimento de arbitrariedad. Sin embargo, el Norte Grande criollo, pero principalmente sus formas de articulación con los períodos posteriores, proporcionó un conjunto de claves de alta significación para la interpretación del proceso.

Un punto de partida: indios y criollos del siglo XIX

Los procesos a través de los cuales las distintas sociedades indígenas precolombinas se organizaron y construyeron sus territorios tuvieron una fuerte permanencia en el tiempo. A tal punto que a casi dos siglos de la conquista europea, en torno a mediados del siglo XIX, el NGA se distinguía como un país de «corazón» indígena y dos extremos (oriental y occidental) en los que se reconocían articulaciones, fusiones y recomposiciones de ambas sociedades. A partir de mediados del siglo XIX la presencia extranjera se iría incrementando sustancialmente. De la mano del Estado, el territorio aborígen fue ocupado militarmente primero y en forma casi simultánea por la colonización nacional y la apropiación privada. La etapa de su derrumbe final ya había comenzado.

En el sector oriental del NGA, más allá del Chaco, la provincia de Corrientes había reconocido la presencia española desde el comienzo de la conquista. Los cambios fueron intensos, de manera tal que hacia 1860 la territorialización —si bien reconocía la persistencia de las sociedades indígenas, articuladas de diferente manera con la sociedad no aborígen— estaba dominada por la ganadería; era prácticamente la única actividad, decía M. de Moussy, entre los ríos Corriente y Miriñay, pero se extendía por todo el territorio.

Con la expulsión de los jesuitas de Misiones, el territorio construido por la orden y los aborígenes⁶ entró en decadencia. Si en 1768 los pueblos correspondientes a esta provincia tenían casi 30.000 habitantes, en 1803 apenas superaban los 12.000. A partir de 1810 se acrecentó la lucha por ese espacio entre Paraguay, el Imperio de Brasil, y las provincias vecinas de la Confederación Argentina quienes reclamaron o tomaron posesión, pacífica o violentamente, del territorio misionero. Las guerras e invasiones terminaron por aniquilar la vieja estructura, a tal punto que de los 12.000 habitantes que había en 1803, sólo quedaban unos pocos centenares en 1830. Pero más tarde, hacia 1850, el gobierno paraguayo —para asegurar sus intercambios con Brasil— decidió expulsar la población que aún permanecía y mantener el territorio absolutamente desierto entre el Paraná y el Uruguay. La política de tierra arrasada —una de las más radicales destrucciones territoriales que se diera en esta parte del país— tuvo

6 En sus años de máxima expansión, los 33 pueblos con sus casi 130.000 guaraníes se distribuían en la actual provincia de Misiones, pero también más allá del Paraná, en territorio paraguayo y más aquí del Uruguay, en tierra brasileña.

éxito pero momentáneamente, pues el área fue repoblándose silenciosa y espontáneamente (Bolsi, 1987, *passim*).

En el extremo andino del norte se destacaban algunas diferencias. El predominio de la producción pecuaria de características simples y rudimentarias que se visualizara para todo el país, no alcanzaba a ser tal en las comarcas del noroeste: había una fuerte articulación y muchas veces desplazamiento por otras actividades económicas.

Así es que a fines de la década de 1850 casi medio millón de habitantes, según los cálculos de M. de Moussy, movilizaba esta economía diversificada pero con alta dependencia del mercado del litoral.

Según los datos de ingresos provinciales que proporciona el mismo autor (excluyendo a Misiones, Chaco y Formosa), el conjunto de las provincias del NGA tenía en esa época un ingreso de 0,7 piastras por habitante, que contrastaba notablemente con el ingreso de casi 249 piastras de la provincia de Buenos Aires. Desde luego, las estimaciones de M. de Moussy, incluidas las de población, no autorizan a reconocer en este cálculo una alta rigurosidad. Pero se puede señalar, y con razón, que la solidez y eficiencia de los Estados provinciales pueden estar detrás de estas considerables diferencias, como así también el fuerte peso de amplios sectores de la sociedad nortea, especialmente los mundos campesino y aborigen involucrados en una estructura paternalista. Sin embargo, permite definir un perfil aproximado de las diferencias —en el modo de ver la vida— con la provincia del puerto, dando una idea general de las distancias en la Argentina, que ya en esa época se expresarían en un ingreso de Buenos Aires 376 veces más elevado que el del norte.

Pero se deberían reconocer otras diferencias. El NGA conformaba un territorio donde era posible distinguir la fuerte presencia de las estructuras coloniales en la mayoría de sus facetas, principalmente en lo que atañe a las relaciones de dominación; la persistencia del mundo indígena con diferentes formas de aculturación y articulación con el resto de los grupos humanos era también un rasgo propio: ello explicaría, entre otros aspectos, su acentuada fragmentación social; había un uso marcadamente diversificado de los recursos, prácticas que recogen las persistencias indígenas, los aportes europeos y la combinación de todas. El campesinado podía llegar a ser un componente habitual en la ruralia de varios sectores, especialmente en Tucumán, Santiago del Estero y tal vez en Corrientes. La manufactura —en manos de trabajadores locales— era una actividad central.

Un observador agudo como M. de Moussy identificó claramente al criollo del norte, mestizo de tres grandes grupos (europeos, indios y negros), de la población de las ciudades litoraleñas; ésta, agregaba,

toma cada día ventaja de los hábitos europeos y se aproxima por consecuencia a la manera común de vivir en Europa. Pero en el interior —añadía— queda todavía mucho de las viejas costumbres españolas... (Moussy, 1860: 280).

La Argentina histórica, reconocía Denis ochenta años más tarde, es un país doble: provincias del litoral y provincias andinas (de arriba) formaban dos mundos aparte, unidos —pero no fundidos— por la gran ruta de Buenos Aires al Perú... (Denis, 1987: 44-47).

El valor de la propiedad rural a fines de la década de 1880 no sólo involucra una cuestión comercial: expresa también el peso de la consolidación del capitalismo en los diferentes sectores del país, pero en el contexto de los significados que las sociedades atribuyen a sus territorios. En 1888 el valor de la propiedad rural de la Pampa húmeda significaba el 80,5% del valor total de la propiedad rural de la Argentina. En contraste, el Norte Grande reunía sólo el 9,1%. Además, en el Norte Grande sólo el 2,8% del total cultivado tenía un valor de 7,35 piastras la ha. En la mitad de la superficie cultivada de la Pampa húmeda costaba 30 piastras la ha (Latzina, 1889: 80 y ss.).

La consolidación del capitalismo (entre 1870 y 1930)

A partir de la década de 1850 la clase dirigente y la oligarquía argentinas, en el marco del proceso que ya se desarrollaba desde hacía un tiempo, llevaron a la práctica su propuesta de intensificar la apertura del país a la inmigración y a la entrada de capitales, incorporándolo como área productora en el esquema de la división internacional del trabajo. Como resultado de un proceso político complejo, poco tiempo después los efectos de esta decisión se hicieron sentir primero en la Pampa húmeda y más tarde en el norte. Las grandes inversiones extranjeras fueron orientadas a cubrir las necesidades relacionadas con el desarrollo de los transportes o con los sistemas de comercialización y la financiación del Estado.

Las inversiones al alcance de los capitalistas locales se orientaron a cubrir las necesidades de la estructura productiva (Rofman y Romero, 1997: 114 y 129). Además, el pacto fiscal entre el gobierno y los contribuyentes y el consenso sobre las cargas fiscales, aseguró la gobernabilidad de la sociedad por lo menos hasta la crisis de 1930

(Cortés Conde, 1998: 22). A partir de cierto momento las masivas inversiones radicadas en la Pampa húmeda comenzaron a tener tasas de ganancias decrecientes. La solución la encontraron en el incremento de las inversiones en el interior del país.

El sector «exportador» avanzó muy pronto sobre esas provincias. El precio incluyó la desaparición de algunas de sus economías por la competencia de la importación, pero incluyó también la modernización y el crecimiento de algunas estructuras productivas «tradicionales», que se ajustaron a la creciente demanda nacional (Balán, 1978, *passim*).

La modernización —o la creación, en algunos casos— de los principales complejos agroindustriales (azúcar, algodón, yerba mate y agroforestal) que hoy dominan el paisaje del NGA fue uno de los más importantes cambios que se produjeron entre fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX.

Los cambios relacionados con la apropiación de la tierra, la colonización estatal y privada, el trazado de vías de ferrocarriles y caminos, etcétera, se asociaron a su vez con el problema de la persistencia de las formas tradicionales de vida frente a las exigencias del modernismo. No sólo en lo relacionado con las actividades productivas, sino además con la conducta de los distintos sectores de la sociedad. Se produjeron, por lo tanto, reemplazos, pero también diferentes formas de articulación entre lo «antiguo» y lo «nuevo». La persistencia de las relaciones de dominación tradicional fueron muy comunes, a pesar de los cambios, en la industria azucarera, por ejemplo, o en el complejo agroforestal de Santiago del Estero. Buena parte de la población fue sujeto de esta práctica, pero más aún la población indígena de la Puna y principalmente la del Gran Chaco que fue doblemente perjudicada, pues el proceso de apropiación de la tierra les restó, además, espacio vital. Se puede conjeturar, sin embargo, que a pesar de los cambios significativos producidos durante estos años, los resultados del proceso de consolidación del capitalismo en el NGA no fueron —comparativamente— muy favorables.

En términos de población, por ejemplo, el NGA creció algo más de dos veces entre 1869 y 1914, período en el que ya se habían realizado —o, al menos, comenzado— las transformaciones más importantes. En ese lapso el total argentino había crecido el doble que el norte. En un lapso más amplio, ajustado a la tiranía censal, pero considerando que en 1947 los efectos del período de consolidación todavía se encontraban activos, la diferencia se acrecienta: si la población del NGA

había crecido cinco veces, la de Argentina (sin considerar la del norte) lo hizo 10,6 veces. La única excepción fue la provincia del Chaco.

A mediados de la segunda década del siglo, cuando ya se había efectuado buena parte de la inversión, la actividad agrícola o agroindustrial del norte señalaba decididas diferencias con los rasgos del país. En efecto, contando con el 17,5% de la población y el 28% del personal ocupado en las explotaciones agropecuarias, sólo se había invertido allí el 6,4% del total en materia de máquinas y enseres. Ello significaba \$m/n 18,3 por habitante, en contra de \$m/n 66,4 de la Pampa húmeda ó \$m/n 51,4 de Argentina (Censo 1914: 573-585).

Algo semejante ocurría con la industria. Según los datos del censo de 1914, el NGA reunía sólo el 13,6% de los establecimientos del país, el 11,2% del capital invertido y el 10% del valor de la producción.

Sin embargo, en términos de inversiones agroindustriales se destacó por un lado el alto nivel de Tucumán que triplica al a su vez importante volumen de Jujuy o del Chaco. Es más de 80 veces superior al de la puneña gobernación de Los Andes. Un agente movilizador de las inversiones de las dos provincias más destacadas en este aspecto es el azúcar, y era un componente importante en la tercera, juntamente con el rubro obrajes. El nivel de inversiones por establecimiento indica la preeminencia de Jujuy, Chaco y Tucumán, que se separan notablemente de los niveles más bajos de Catamarca y Salta.

Por otro, el valor de la producción industrial por establecimiento destaca claramente la preeminencia de las provincias de Tucumán, Jujuy y Chaco. Coinciden otra vez las provincias de Salta y especialmente Catamarca en ubicarse en el extremo opuesto.

Por último, debe destacarse que el efecto de las inversiones en las estructuras productivas y en el nivel de producción industrial por habitante fue notable. Las provincias de Corrientes (347.055 habitantes) y de Tucumán (332.933 habitantes) eran las más pobladas del norte en 1914; pero la relación (producción/habitante) de esta última era casi diez veces superior a la de Corrientes. Quizá la diferencia de las opciones tomadas por ambas sociedades entre las actividades tradicionales y modernas pueda explicar parte de las diferencias.

En estos años, pues, la consolidación del capitalismo en el norte se expresaba principalmente a través de la territorialización de los complejos azucareros (Tucumán y Jujuy) y, en Chaco, en la territorialización de la explotación forestal y de la explotación yerbatera de Misiones. Los resultados, medidos a través del valor de la producción por habitante, eran los más destacados de la región. Por el contra-

rio, aquellas estructuras territoriales organizadas sobre la base de la producción tradicional (Salta, Corrientes, Catamarca y Los Andes) ponían de manifiesto un valor por habitante casi seis veces menor que Tucumán en la primera, más de nueve veces en la segunda y trece veces en Catamarca.

Pero un análisis más detenido de la provincia de Tucumán, donde el complejo azucarero había impulsado el más alto valor de la producción por habitante, nos enfrenta con otro problema que define el perfil mediocre del proceso. Ese valor era 40% más elevado que el del Chaco, ubicado en segundo lugar, y casi el 93% que el de Catamarca. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de los dirigentes, de los gremialistas y de algunos empresarios, el nivel de vida de la población tucumana era críticamente bajo, deficiente. Si tomamos a la mortalidad infantil como una de las expresiones del nivel de vida de la sociedad, los valores de ese indicador durante la segunda década del siglo XX se mantenían en el nivel pretransicional, esto es, el que denuncia rangos de ingresos muy bajos y la ausencia notable de la ingeniería social que busca atenuar los efectos de la muerte. Si bien, como se demostró, el área cañera de Tucumán fue la primera, en el noroeste, en iniciar el descenso de la mortalidad, lo hizo casi medio siglo después que la Pampa húmeda. Existen muy pocas diferencias en el comportamiento de la mortalidad infantil en las otras provincias (Bolsi y Ortiz, 2001).

El valor de la producción industrial por establecimiento, por otra parte, ubica a Tucumán en los mejores niveles nacionales. Podría conjeturarse que esta altísima concentración, más que el valor de la producción por habitante, que según la información ubica a la provincia entre los niveles más bajos del país, es más ilustrativa de la circunstancia tucumana en estos años; estos valores de concentración de la riqueza, que se repiten en toda la sociedad, podría haber sido el resultado de la instalación del capitalismo pero, a la luz de la comparación con otros sectores del país, se trataría principalmente del resultado del proceso de la consolidación del capitalismo moderno en una matriz social con relaciones de dominación tradicional.

Persistencias, crisis y diversificación (1930-1980)

Si bien es correcto afirmar que durante estas décadas se hicieron grandes esfuerzos en educación, salud, obras públicas, capitalización, emprendimientos, tecnificación, etcétera, y que la territorializa-

ción regional de fines de 1980 era más compleja y rica que la de los años treinta, también es cierto que, al cabo de casi medio siglo, la situación relativa del norte con respecto a regiones más desarrolladas del país no había variado en lo sustancial. Seguía siendo la más rezagada en aspectos básicos y al final del siglo XX lo era mucho más en lo social.

En efecto, los desequilibrios indicados por Bunge para la década de 1930 persistían en la década de 1950 cuando el NGA tenía una participación algo superior al 10% en el producto bruto nacional o en 1980 cuando rondaba el 11% (Bunge, 1940: 219 y ss.; Rofman y Romero, 1997: 18 y 193). Aún la producción agrícola, el fuerte de su economía, no superaba el 20% del total nacional en esos años, de los cuales sólo puede rescatarse una creciente pecuarización.

En estos cincuenta años, los procesos territoriales del NGA, que de alguna manera podrían justificar esa persistencia en su mediocre situación relativa, sintieron los efectos de una extensa variedad de factores. Entre ellos, se conjetura una mayor importancia de: 1. los cambios políticos e institucionales del país; 2. las grandes transformaciones del capitalismo internacional; 3. la inercia de los caracteres y de las crisis recurrentes de las economías regionales; 4. la debilidad o ausencia de políticas económico territoriales; 5. del carácter de la consolidación del capitalismo; 6. de la calidad de gestión de las clases dirigentes; 7. las creencias de las sociedades y de sus clases dirigentes.

Si bien sería imposible describir los cambios producidos en la Argentina durante estos años, cabe destacar que la alternancia —a partir de la crisis de 1930— de regímenes económicos, con largas interrupciones del orden democrático, no fue una fórmula de marcado éxito. Existe una generalizada creencia de que a partir de los treinta el ritmo de crecimiento y desarrollo del país se atenuó, en algunos aspectos sustancialmente.

En el orden económico internacional la consolidación y expansión del fordismo-keynesianismo fue el contexto del extenso *boom* de posguerra (1945-1973) de los países centrales. Así es que a partir de la década de 1950 y hasta comienzos de la de 1970 el capital estadounidense y la empresa multinacional fueron algunos de los principales factores de crecimiento económico nacional. Pero este régimen de acumulación maduro y fecundo que se había organizado en los países centrales comenzó a resquebrajarse a partir de 1973 para dar lugar a una etapa de cambios acelerados, de «flujo y de incertidumbre» asociado con otro régimen diferente al anterior, que está vinculado con

un regreso a la iniciativa de las empresas, al neo-conservadurismo y al decidido giro hacia el posmodernismo. Harvey lo denominó régimen de acumulación flexible.

En el orden local las economías regionales ya habían comenzado algunas, y profundizado las más viejas, a enfrentarse con las crisis que derivaban en buena medida de la alta sujeción al mercado nacional de su producción o del conocido proceso de envejecimiento tecnológico, o por la fuerte persistencia de las economías tradicionales que, como por ejemplo gran parte de la ganadería, buena parte de la explotación forestal, la agricultura de riego en las áreas más secas del norte o las amplias comarcas puneñas o chaqueñas dominadas por economías de autoconsumo, ocupaban una alta proporción del espacio regional donde las prácticas materiales no promovían ni aseguraban procesos de territorialización capaces de contener —en condiciones de vida digna— la creciente población asociada con ellas; de forma semejante, por un régimen demográfico asociado a una población mayoritariamente tradicional que acentuaba el desequilibrio entre el número creciente de habitantes y los recursos, en este caso los complejos agroindustriales enfrentados a su vez con severas crisis de crecimiento e incapaces por ello de generar respuestas necesarias a los problemas del incremento poblacional.

Desde la década de 1950 y hasta comienzos de 1970 la empresa multinacional fue un factor de crecimiento económico nacional que —por defecto— agudizó las asimetrías territoriales; aun las leyes, que desde 1958 y hasta 1969, promocionaron las inversiones extranjeras (en una cifra mayor a los 1400 millones de dólares) desatendieron —tal vez conscientemente— el desequilibrio espacial. Se ha demostrado que los capitales para desarrollar la química y la petroquímica, la metalurgia en general o la industria automotriz, se radicaron principalmente en la región pampeana. La pasividad —o la inoperancia— de la dirigencia nacional y del NGA, salvo pocas excepciones, no se habría plasmado en una inteligente política territorial que tendiera a nivelar las diferencias con el resto del país. Esta crucial ausencia bien podría poner de manifiesto la creencia de que estos desequilibrios eran inherentes a la naturaleza de las cosas.

Pero también queda abierto el interrogante acerca del carácter que asumió la denominada «consolidación del capitalismo» en el norte. A la luz de las formidables diferencias que existían —en orden a los resultados mediocres obtenidos y a las condiciones sociales de la población— entre la sociedad norteña y la de la Pampa húmeda,

se sugiere en el punto anterior que podría tratarse del resultado de un proceso de consolidación del capitalismo moderno en una matriz social de dominación tradicional. Lo cual se articularía con el planteo más general (sostenido con diferentes matices desde los tiempos de Sauer) que discute sobre los procesos culturales asociados con la economía de mercado, es decir, dicha economía (en términos de «desarrollo económico-social») sólo sería viable si estuviera inscrita en una matriz social distinta a la del NGA, esto es, en una «cultura de mercado» homogénea.

En ese contexto de crisis y persistencias, los cambios que se promovieron no lograron revertir el proceso de marginación en que se encontraba involucrada la región.

En efecto, cuando las crisis de las agroindustrias del NGA se agudizaron entre los sesenta y setenta, hubo reacciones pero muy dispares: en Misiones, luego de los ciclos del té y del tung, la culminación de la respuesta a los problemas de la yerba fue la de la forestación: hacia fines de 1970 se habían reforestado 184.000 ha. El mayor ritmo se dio entre 1972 y 1979, con la implantación de 15.400 ha anuales.⁷

En el noroeste se desarrolló a partir de 1965 el proceso de los cultivos de soja (compra de paquetes tecnológicos, desgravación impositiva, incorporación a los mercados externos, desmontes, etcétera). Se inició en Tucumán, pero pronto se expandió en todo el norte. Más tarde el poroto seco se difundió a partir de su cultivo inicial en el sur de Salta y posteriormente hicieron lo mismo los cultivos de maíz, sorgo, cártamo y trigo. En un par de décadas el área bajo estos cultivos se expandió en 580.000 ha, de las cuales casi el 80% lo hizo en el denominado «umbral del Chaco» (Audero y León, 1989: 80-87). Esta nueva frontera agrícola ocupó en buena parte aquel territorio organizado por la ganadería tradicional (de baja calidad) que ocupaba el monte degradado. Las nuevas prácticas materiales diseñaron un territorio estructurado sobre la base de grandes explotaciones donde el actor principal era la empresa agropecuaria. Madariaga destacó la pobreza de resultados en materia de transformaciones y avances estructurales significativos (y aun sociales en virtud de la alta tecnificación) asociados con las áreas de expansión. Si bien es cierto, por otra parte, que este proceso no reunía los rasgos del modelo clásico

7 La superficie media de los predios forestados a fines de los setenta era de 25 ha. Ello demuestra el alcance general del proceso. Las 8000 explotaciones forestales de los colonos compensaban de esta manera las grandes plantaciones.

de *cash crop* versus *food crop*, el destino externo de la producción sin ningún tipo de procesamiento local, entre otros aspectos, definiría a esta actividad como un típico enclave económico (Madariaga, 2000, *passim*). En este proceso sólo los empresarios pudieron adquirir grandes extensiones de tierra e incorporar los paquetes tecnológicos; ello dejó afuera a los minifundistas y aun a los productores medianos, circunstancia que difiere con la de la forestación misionera donde la participación de miles de pequeños y medianos productores contribuye a diseñar un perfil social diferente. Estas dos nuevas territorializaciones, por lo tanto, asociadas con requerimientos de mercados extrarregionales o externos, difieren en las repercusiones regionales por el comportamiento asimétrico de la dirigencia local.

El Norte Grande en la globalización. La década de 1990

Sin ser éstos todos los caracteres del NGA, aunque algunos de los más importantes, ponen de manifiesto las condiciones en que la región se enfrentaría con el modelo de ajuste estructural, que comenzó a ser aplicado en los ochenta. El crecimiento de las tasas de desocupación que se observan en la década refleja ésta y otras circunstancias altamente negativas que se generaron en esos años. Entre 1980 y 1989 los valores se duplicaron, como mínimo, o se quintuplicaron, como máximo (INDEC, EPH). Sin ser excepcional, en el largo proceso que se está analizando, fue una década que tendió a agudizar las circunstancias negativas de la sociedad y del territorio que —casi desde siempre— incidían en la generación de pobreza.

La proporción de desocupados (totales) pone de manifiesto uno de los aspectos centrales del problema de la exclusión —asociado con la pobreza— en el NGA. Si bien es una medición urbana y por lo tanto expresión del conjunto de los problemas de la sociedad, refleja también —a través de la intensidad y los caracteres de las migraciones rurbanas— las condiciones particulares de las áreas rurales. En razón de la importancia de las actividades agropecuarias y de la agroindustria en la territorialización y en las estructuras productivas del NGA, en la ruralia regional debe notarse particularmente la persistencia de por lo menos dos sectores emblemáticos: el campesinado y la población indígena. Ambos aparecerían como reproductores permanentes de pobreza.

Hacia los ochenta, Manzanal y Rofman (1989) calcularon unos 120.000 hogares asimilables a minifundistas (superaban los 52.000

en el noroeste y eran más de 65.000 en el noreste) que equivalían a una PEA de 280.000 y a una población total de 600.000 personas. Es también a partir de estos años que comenzaban a disminuir en número y a perder capacidad de producción, especialmente los asociados con los procesos de la caña de azúcar, del algodón y también —casi con seguridad— los campesinos de Santiago del Estero.

El otro mundo —no urbano— asociado con la pobreza es el de las sociedades indígenas. Entre las mesetas puneñas y las cataratas del Iguazú sobreviven decenas de culturas que a la desarticulación de sus condiciones de vida y de sus territorios no le sucedió circunstancia favorable alguna que les permitieran procesos de reasimilación no traumática. Sus prácticas materiales no les permitieron asegurar con éxito la pervivencia de los grupos por lo cual la migración a las ciudades o la inserción ocupacional precaria en el sistema productivo no indígena se convirtió en una alternativa necesaria; como entre los campesinos, el trabajo extrapredial se constituyó en un sector importante de las estrategias de supervivencia. Desde una condición más extrema todavía, el trabajador rural dependiente se aproxima a los mundos campesinos e indígenas en la necesidad de contar con oportunidades crecientes de trabajo para asegurar su existencia.

Si bien durante los ochenta ya habían comenzado a aparecer en Argentina algunos de los cambios asociados con el capitalismo flexible, fue después de 1989 que ese proceso se aceleró.

Del conocido conjunto de esos cambios tal vez convenga recordar la importancia de dos de ellos. La reorganización del sistema financiero en lo sustancial significó, por una parte, el incremento de su poder de coordinación a expensas de los Estados que cedieron en mayor o menor medida el control de flujo de capital (o sea la política fiscal y monetaria). En ese contexto, se entiende que las concepciones del Estado de bienestar, conjuntamente con el papel sindical (y el salario real) hayan ido cediendo ante los nuevos argumentos de la austeridad y el recorte fiscal. Por otra, un cambio también radical, fue el incremento de la subcontratación de trabajo y de los contratos temporarios, conformando un contexto que se denominó la precarización del trabajo. Se ha señalado, en tal sentido, la existencia de una cierta correlación de las condiciones de producción y las condiciones de reproducción de los asalariados (Harvey, 1998: 175-194).

La crítica situación general de la Argentina hacia fines de la década de los ochenta, en el contexto de las pautas de flexibilización, aceleró la aplicación de las propuestas del consenso de Washington

vinculadas con la austeridad fiscal, la privatización y la liberación de los mercados. Pero se sabe que la liberación del mercado se hizo sin un marco regulatorio apropiado, creando condiciones de inestabilidad y tipos de interés elevados; las privatizaciones, al margen del sistema de corrupción que las acompañó y el efecto multiplicador en la desocupación, en muchos casos desembocaron en precios más altos por la falta de políticas de competencia o de vigilancia adecuada cayendo los servicios en manos de monopolios; la austeridad fiscal, por último, se convirtió en un fin en sí mismo y provocó a la larga tanta desocupación como había a fines de los ochenta con el agregado de la ruptura del contrato social (Stiglitz, 2002).

Pero en la Argentina de los noventa se sumaron otras circunstancias: entre ellas se destaca la rigidez del sistema cambiario o la situación fiscal que persistía frágil y la vulnerabilidad del sistema bancario, a pesar de su imagen de solidez. Por otra parte, si bien la evolución de la economía nacional había superado al resto de las economías latinoamericanas —por lo menos hasta 1997— según el crecimiento per cápita, quedó demostrado que la distribución del ingreso no había mejorado y el desempleo no había podido descender. Además, lo que aparentemente se había avanzado en materia de pobreza, hacia 2000 tales ganancias habían desaparecido (Perry y Servén, 2002, *passim*).

Cada uno de estos aspectos tuvo una reconocida incidencia en la evolución del NGA. Pero también fue muy importante la desregulación del sector público agrícola asociado con la redefinición del Estado. Los organismos estatales que intervenían en los mercados de bienes y servicios se suprimieron (Murmis, 1998). La economía azucarera, por ejemplo, que de alguna manera había logrado superar el desastre de 1966, fue desregulada en 1991 con lo que el precario equilibrio entre los actores de la agroindustria fue descalabrado nuevamente: los cupos de producción y las cuotas de abastecimiento del mercado interno se eliminaron y se disolvió la Dirección Nacional del Azúcar (Giarraca, 2000). Las economías agroindustriales del norte fueron instaladas en el «nuevo escenario» neoliberal, considerando marginalmente su rígido contexto definido por el horizonte nacional de sus mercados, por las políticas de subsidios de países con producciones similares y por las severas deficiencias de los mercados internacionales.

En tal caso, el mundo rural fue afectado en casi todos sus frentes pero principalmente en el constituido por los sectores más frágiles:

cambios en los vínculos laborales, precarización creciente de los trabajadores dependientes del agro o expansión del contratismo fueron algunos de los efectos que incrementaron la exclusión. La contraparte de estas circunstancias, esto es, el sustancial crecimiento de la superficie agrícola (entre 1988 y 2000 aumentó en un millón y medio de hectáreas, según el Censo Nacional Agropecuario de 1988 y campañas 1997 a 2000 en <www.sagypa.com.ar>), no parece haber sido suficiente como para compensar aquellos efectos: en su conjunto, la población del NGA de 2000 era sustancialmente más pobre que la de 1990.

Además, la estructura productiva del NGA tenía en el año 2000 una participación mediocre en el nivel nacional. Los complejos agroindustriales y la expansión de la agricultura (que involucran a los sectores más dinámicos de la región), la minería y la industria metalúrgica representaban apenas el 9,6% del país; por su parte, el sector de comercio, hoteles e instituciones financieras el 7,8%. A su vez la participación en el comercio exterior fue también mediocre. En tal sentido Gatto y Cetrángolo (2003: 56) afirman que las estructuras provinciales del NGA tuvieron un deterioro cualitativo: durante años, la situación recurrente fue el estado «de crisis de supervivencia productiva» que afectó fuertemente el sector público. Esta no era, según vimos, una situación atractiva para las inversiones, circunstancia que compromete el futuro regional.

Por último, la alta proporción de población urbana se puede reconocer más como un severo problema social que como resultado de un proceso de crecimiento económico y territorial. Por el contrario, se trata de un proceso de traslado de la miseria.

Conclusiones

El territorio actual del NGA contrasta con el de fines del siglo XIX o mediados del siglo XX. Es mucho más complejo, poblado y rico que en esos entonces. Además, entre un extremo y otro del proceso las políticas sociales tuvieron una marcha zigzagueante, pero puede señalarse que hoy la sociedad se encuentra más protegida que en aquellas fechas.

Sin embargo, también es posible conjeturar que las sociedades regionales no lograron construir un territorio que les permitiera superar las condiciones generales de pobreza que las dominara antaño y domina hoy.

Ese rasgo se asociaría con otra constante histórica. Bajo ninguno de los diferentes regímenes políticos y circunstancias económicas que se sucedieron en el siglo y medio que se estudia, el NGA tuvo una participación realmente destacada en la creación de la riqueza total del país. Si bien hubo algunas variaciones, el conjunto regional no logró generar riqueza —aun en lo referido a la producción agroindustrial, su mayor fortaleza— más allá del rango del 10-12% del total.

¿Cuáles fueron, entonces, los rasgos del proceso de territorialización que generaron ese contexto de magra presencia nacional y pobreza persistentes?

Las economías diversificadas de las sociedades tradicionales de las provincias del noroeste —a las que se suma Corrientes— articuladas a su vez de diferente manera con los grupos indígenas, el corazón aborigen del Chaco y el ámbito de regresión misionera, constituyeron el tejido básico sobre el que operó el período de consolidación del capitalismo.

Las asimetrías en los cálculos de ingresos que existían entre Buenos Aires y el conjunto de las provincias del norte en torno a 1860, realizados por M. de Moussy, no nos autorizan a pensar en una sociedad tradicional «más pobre» que la del litoral. Esas diferencias considerables significarían, si no sociedades carentes o ricas, dos tipos de Estados y dos «modos de ver las cosas» de sus habitantes que tenían algunos puntos mínimos en común, pero ya en franco proceso de diferenciación.

La consolidación del capitalismo que generó los complejos agroindustriales del norte no operó sobre el vacío. Aquí la persistencia de esa sociedad tradicional es decisiva. La consolidación no la desplazó sino que —como sucediera principalmente en Jujuy, Salta, Tucumán y Santiago del Estero y en alguna medida en Corrientes y Misiones— se articuló con ella (en términos del viejo sistema paternalista asociado con el mundo campesino y en buena medida con el indígena) definiendo uno de los entramados nucleares de la territorialización. La agroindustria algodonera —de la mano de la colonización estatal— requirió el desplazamiento y la exclusión primero y la articulación después con los aborígenes.

Ese proceso chaqueño significó la desarticulación de las relaciones que había generado la agroindustria salto-jujeña con aquellos indios. Lo que provocó, a su vez, la necesidad de buscar en los territorios puneños y más tarde bolivianos la solución de sus problemas de mano de obra.

Estas relaciones involucran desde luego el territorio construido tradicionalmente: persisten hasta hoy amplias áreas con alta proporción de población indígena o de población criolla donde las prácticas materiales dominantes se vinculan con el autoconsumo y la venta de su fuerza de trabajo.

La ingeniería social que se organizara y desarrollara posteriormente transformó las líneas más rígidas de este sistema de articulaciones entre grupos sociales y culturales distintos. Pero se puede conjeturar que su persistencia no permitió definir una «cultura de mercado» homogénea y generalizada como la que se observa en amplios sectores de la Pampa húmeda. Monteros y Rafaela (y sus respectivos *hinterlands*) podrían definir dos paradigmas contrastados.

Además, con la consolidación del capitalismo se generaron complejos agroindustriales cuya producción se encuentra fuertemente ligada a la demanda nacional; con serios problemas para la exportación, pronto encontró límites de expansión impuestos por un consumo interno poco elástico. Un resultado común fueron las crisis de superproducción y las diferentes formas de regulación.

En el contexto de una población con un comportamiento tradicional en la natalidad, ese límite en la producción, asociado con serias deficiencias en la distribución de la riqueza, podría definir un planteo malthusiano de la pobreza si es comparado con la Pampa húmeda donde el inicio de la caída de la natalidad se había producido cincuenta años antes y su producción por lo general tiene un acceso menos restringido a los mercados mundiales. Pero esto nos enfrenta con otra de las cuestiones centrales del proceso. Si bien la región contó con dirigentes excepcionales, no fue muy común en su historia la elaboración y puesta en práctica de estrategias políticas, económicas y territoriales de conjunto para superar estos problemas. La planificación regional constituyó más bien un artículo de importación de relativo uso.

Durante la primera mitad del siglo XX la sociedad del norte había consolidado esa construcción básica que fueron los complejos agroindustriales. A partir de allí hubo nuevos procesos, pero sus dimensiones territoriales y económico-sociales —si bien importantes algunas de ellas— no alcanzaron el nivel de aquella. Se hicieron visibles, como antes, las influencias de los distintos regímenes y prácticas económico-políticas que articularon en orden a una mayor o menor sujeción —según los méritos y capacidades de la dirigencia local y nacional— el desarrollo regional con el nacional e internacional.

El balance entre ganancias y pérdidas de estos nuevos procesos no parece ser positivo para el Norte Grande. La multiplicación de los cultivos de riego con nueva tecnología, el avance de la minería y de la explotación petrolera, el desarrollo de la producción citrícola o de los complejos del tabaco y del arroz, la expansión —en varios centenares de miles de ha— de nuevos cultivos, la pecuarización creciente, las radicaciones industriales posteriores a las crisis azucareras o la industrialización asistida, las inversiones en caminos, diques, forestaciones, etcétera, no lograron alterar sustancialmente el esquema de debilidad productiva y magra participación regional en el conjunto nacional. Además, en este esquema se fue acentuando cada vez más la debilidad del perfil productivo de las provincias de Formosa, Catamarca y Santiago del Estero, grupo al cual se encuentra muy próxima la provincia de Corrientes.

Puede conjeturarse que no puede ser ajeno a estas circunstancias un importante grupo de factores: a) la persistencia de amplias comarcas dominadas por sociedades cuyas prácticas materiales no promueven ni aseguran procesos territoriales que contengan —en condiciones de vida digna— su población creciente; b) el carácter de enclave de los cultivos involucrados en la expansión agrícola; c) la pecuarización creciente no conformaría una práctica apropiada para una sociedad dominada por regímenes de natalidad aún tradicionales; d) la importancia en aumento del proceso de territorialización «regresivo» como consecuencia de la sucesión de los ciclos de explotación forestal y ganadera y e) la recurrencia de los ciclos críticos de los complejos agroindustriales del norte.

Sin embargo, la enumeración de estos factores —seguramente incompleta— debe inscribirse en un contexto más amplio: aquellos avances señalados más arriba parecen no haber sido inscriptos con solidez en una visión global del norte. Se atendieron clamores y problemas sectoriales o puntuales; se promovieron proyectos de cierta magnitud, como el caso de los ríos Bermejo y Dulce; el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) se preocupó reiteradamente por los problemas regionales y algunos de ellos se relacionan con los pequeños propietarios y el campesinado; el Consejo Federal de Inversiones e instituciones similares incursionaron en la planificación regional. Son incontables las acciones que desde distintas perspectivas buscaron solucionar los problemas del norte. Pero la objetiva persistencia de la marginalidad y pobreza estructural de la región parece ser una demostración de la insuficiencia de todas esas acciones.

La solución de los problemas del Norte Grande Argentino nunca formó parte de una política de Estado, circunstancia desfavorable para cualquier proyecto que, como lo debería ser en este caso, requiere continuidad en plazos de larga duración. Pero tampoco parece que se haya formulado una visión que englobe todas las dimensiones que participan de la territorialización del norte. No se conoce, por ejemplo, una propuesta de territorialización que incluya como parte activa los problemas derivados de la diversidad cultural o de construcción diferenciada del territorio.

Así es que las prácticas del neoliberalismo —que se hicieron fuertes a partir de la década de los noventa— encontraron una sociedad y un territorio vulnerables. El proceso secular, articulado con la poca eficacia de los diferentes niveles de gestión, no conformó una estructura que permitiera soportar los efectos de las políticas derivadas del Consenso de Washington vinculadas con la globalización y el capitalismo flexible.

Más allá de la discusión sobre la pertinencia o de los efectos de la corrupción asociada, las políticas de desregulación, privatización, etcétera, no fueron acompañadas por estrategias sociales adecuadas, circunstancia que generó un fuerte incremento en todos los índices de carencia, especialmente en los mundos campesino e indígena.

El proceso de urbanización, que involucra el crecimiento incesante de las «villas miseria», es una de las expresiones más visibles de la territorialización de la pobreza del Norte Grande Argentino.

Bibliografía

- Audero, S. y León C. (1989) *La expansión de la frontera agraria en el NOA*. AAEA, vol. III, Buenos Aires, pp. 80-87.
- Balán, J. (1978) «Una cuestión regional en la Argentina: burguesías provinciales y mercado nacional en el desarrollo agroexportador», en *Desarrollo Económico*, n.º 69, vol. 18, Buenos Aires, pp. 51-73.
- Benedict, R. (1939) *El hombre y la cultura*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Bolsi, A. (1985) «Apuntes para la geografía del nordeste argentino (un ejemplo de regresión regional)», en *Cuadernos de Geohistoria Regional*, n.º 11, II GHI-Conicet, Corrientes, Resistencia.
- (1987) «Misiones (una aproximación geográfica al problema de la yerba mate y sus efectos en la ocupación del espacio y el poblamiento)», *Folia Histórica del Nordeste* n.º 7, Instituto de Historia, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Nordeste - Instituto de Investigaciones Geohistóricas, Resistencia, Conicet, pp. 9-256.
- (2000) «Población, azúcar e industria rural en Tucumán, Argentina», *Geographicalia*, n.º 38, MMII, Departamento de Geografía y Ordenación del Territorio, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, pp. 93-121.
- Bolsi, A. y Patricia Ortiz (2001) *Población y azúcar en el Noroeste Argentino*, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.
- Bruniard, E. y Bolsi, A. (1974) «Resistencia y su población», *Geográfica*, n.º 3, Revista del Instituto de Geografía. Facultad de Humanidades. Resistencia, UNNE.
- Bunge, A. (1940) *Una nueva argentina*, Buenos Aires, Ed. Kraft.
- Comisión Económica para América Latina (CEPAL) (1988) «Principales consecuencias socioeconómicas de la división regional de la actividad agrícola», *Documento de trabajo n.º 17*, Buenos Aires, CEPAL.
- Cortés Conde, R. (1998) *Progreso y declinación de la economía argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- De Soto, H. (2000) *El misterio del capital*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana.
- Denis, P. (1987) *La valoración del país. La República Argentina-1920*, Buenos Aires, Ed. Solar.
- Gatto, F y Cetrángolo, O. (2003) «Dinámica productiva provincial a fines de los años 90», Serie *Estudios y Perspectivas*, 14. Santiago de Chile, CEPAL.
- Gatto, F. y Quintanar, A. (1988) «Un enfoque alternativo para el análisis del desarrollo regional: estudio de las estrategias de desarrollo agrícola de la región NOA», en Manzanal, M. et al. (1988) *Las crisis regionales*, Buenos Aires, CEUR.
- Giarraca, N. (comp.) (2000) *Tucumanos y tucumanas. Zafra, trabajo, migraciones e identidad*, Buenos Aires, Ed. Colmena.
- Harvey, David. (1998) *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) (1995) *Avance de resultados. Informe n.º 3*, Industria Manufacturera, Buenos Aires, INDEC.
- (1997) *Censo Nacional Económico 1994. Resultados definitivos*, Serie A, números 6 y 7, Buenos Aires, INDEC.

- Latzina, F. (1889) *L'agriculture et l'élevage dans la République Argentine*, París, Imprimerie Typographique P. Mouillot.
- Madariaga, M. (2000) «La expansión agrícola en el occidente chaqueño». Tesis de doctorado. Tucumán: Mimeo.
- Manzanal, M. y Rofman, A. (1989) *Las economías regionales de la Argentina. Crisis y políticas de desarrollo*, Centro de Estudios Urbanos y Regionales, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Martin, R. (1994) «Economic theory and human geography», en Gregory, D.; Martin, R. y Smith, G. (comp.), *Human geography: society, space and social science*, Londres, McMillan.
- Moussy, M. de (1860) *Description géographique et statistique de la Confédération Argentine*, 3 tomos, París, Didot.
- Murmis, M. (1998) «El agro argentino: algunos problemas para su análisis», en Giarraca, M. y Cloquell, S., *Las agriculturas del Mercosur. El papel de los actores sociales*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Buenos Aires, Ed. Colmena.
- Perry, G. y Servén, L. (2002) «La autonomía de una crisis múltiple: qué tenía Argentina de especial y que podemos aprender de ella», *Desarrollo Económico*, vol. 42, n.º 167, Buenos Aires, Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), pp. 323-375
- Recchini de Lattes, Z. y Lattes, A. (1969) *Migraciones en la Argentina. Estudio de las migraciones internas e internacionales, basado en datos censales, 1869-1960*, Buenos Aires, Editorial del Instituto
- República Argentina. Ministerio de Economía. Instituto Nacional de Estadística y Censos. *Anuario Estadístico 1998*, Buenos Aires.
- (1916) *Tercer Censo Nacional, 1914*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso.
- Rofman, A. y Romero, L. A. (1997) *Sistema socioeconómico y estructura regional en la Argentina*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Sauer, C. (1941) «Foreword to historical geography», *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 31, Washington, AAG, pp. 1-24.
- Smith, D. (1997) «Las fuerzas del mercado, los factores culturales y los procesos de localización», *Internacional Social Science Journal*, n.º 151, París, UNESCO.
- Stiglitz, J. (2002) *El malestar de la globalización*, Buenos Aires, Taurus.
- Tasso, A. (2003), «Un ciclo de desarrollo agrario capitalista en una provincia tradicional argentina», tesis doctoral, s.l., mimeo.